

NUESTRO TIEMPO

LIBERTAD Y AUTORIDAD

Siempre ha sido difícil conciliar la libertad con la autoridad. No porque entre una y otra pueda existir desgarradura, sino porque la hay, y muy profunda, en el hombre mismo. La desgarradura se produjo tan pronto como este dijo *non serviam*, no serviré, así como antes se había producido en el seno de la creación, cuando las primeras creaturas, salidas de la mano de Dios, pronunciaron por vez primera este grito de rebelión.

El conflicto se ha planteado por la desorbitación de la libertad. La libertad, de suyo, comporta una autodeterminación hacia esto o hacia aquello sin coacción externa o interna que nos fuerce. La libertad es sin duda un atributo que perfecciona al hombre pero no constituye su grandeza. La grandeza del hombre consiste en el sometimiento a la adorable voluntad del Creador. Por esto la oración constante del hombre, ordenada por Jesucristo, ha de ser el cumplimiento de la divina voluntad en el cielo y en la tierra. *Fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra*. Pero ese pedazo de ser que es la creatura, precisamente porque es tan sólo un pedazo, con una realidad que no se identifica con la de su Creador aunque se lanza hacia El con toda su fuerza ontológica, puede negarle su sometimiento y rebelarse. El conflicto de la libertad y de la autoridad radica en eso, en que la creatura, prefiriendo su libertad, su *autodeterminarse*, se niegue a someterse a la autoridad. No es que propiamente haya conflicto; hay desorbitación de la libertad. Porque el sometimiento libre de la creatura a la autoridad es su bien, y la rebelión es su ruina. Pero como la creatura es necia prefiere su independencia a su bien, prefiere buscar en sí lo que no se puede dar, a buscarlo en Aquel que sólo se lo puede dar.

Aunque este conflicto llene todos los días del hombre sobre la tierra, es puramente accidental, propio de la condición viciada de la vida terrestre del hombre. Los ángeles y los hombres, en su condición de bienaventurados, son inefablemente libres y con todo el ímpetu de su libertad se lanzan en la contemplación y en el amor de Dios, pero no pueden querer independizarse de la autoridad. Los condenados, en cambio, en perpetua rebelión, son constreñidos precisamente a no poder hacer aquello que quieren.

En este cuarto de hora que se le acuerda al hombre sobre la tierra, tiene franquicia para ser *soberbio* y para negar el sometimiento de su voluntad al Creador. Algunas parecen creer que en esta franquicia estriba la dignidad humana, o como ellos prefieren decir enfáticamente, la dignidad de la persona humana. Colocan ésta, no en que el hombre se



Diliges proximum tuum, sicut teipsum.

El Evangelio de la Dominica décima séptima después de Pentecostés (21 de setiembre) nos manifiesta que toda la ley del cristiano está señalada por el amor que ha de tener a Dios sobre todas las cosas y el amor del prójimo como a sí mismo.

determine, de acuerdo a su racionalidad, al bien que le conviene, sino simplemente en que se determine por sí y ante sí. La libertad les parece el supremo atributo de su perfección. Si así fuera, el niño podría levantarse contra sus padres que pretenden educarle, y podría decirles "¡no! yo quiero ser libre. Mi supremo bien consiste en autodeterminarme, y por ello rehuyo toda imposición extraña a mi autodeterminación". El delincuente podría asimismo alzarse contra sus jueces y enrostrarles su atropello, porque si él, ha elegido el camino de la iniquidad, lo ha hecho a ciencia y concien-

cia, obedeciendo al impulso soberano de su libertad, es decir de su dignidad de persona humana.

Rehuirse a aceptar esta conclusión implica el reconocimiento de que la dignidad de la persona humana no estriba precisamente en el atributo de su libertad sino en el de su racionalidad, esto es, en que sus acciones se ajusten al orden racional que surge de su realidad ontológica de hombre. La dignidad de su persona queda a salvo, no cuando el hombre se mueve libremente sino cuando se mueve libremente en la conquista del propio bien.

De aquí que la Iglesia enseñe que "la libertad no sólo de los particulares sino de la comunidad y de la sociedad humana, no tiene absolutamente otra norma y regla que la ley eterna de Dios; y si ha de tener nombre verdadero de libertad en la sociedad misma, no ha de consistir en hacer lo que a cada uno se le antoje, de donde resultaría grandísima confusión y turbulencia, opresoras, al cabo, de la sociedad, sino, en que por medio de las leyes civiles, pueda cada uno fácilmente vivir según los mandamientos de la ley eterna". (León XIII, *Libertas*.)

El concepto de ley es, entonces, superior al de libertad. Y la verdadera dignidad de la persona humana no consiste en el atributo de su libertad sino en el de su conformidad con la ley. Y como la ley —obsérvese bien esto— es el orden de una comunidad, impuesto por el Señor de la misma, se sigue que el concepto de *bien común* es superior al de *persona humana*. Así lo enseñan Santo Tomás y Aristóteles cuando nos dicen que el bien común es "más divino" que el bien de una persona.

De aquí aparece cuán errados andan muchos modernos que, detrás de novedades de filósofos quieren introducir subrepticamente, una exaltación del individuo humano, de la persona humana, como si ésta, solitariamente, por ser un individuo dotado de inteligencia, fuera depositaria de no sé qué atributos de intocabilidad; como si élla se bastara a sí misma; como si ordenara hacia sí todas las cosas; y como si pudiera substraerse a toda ordenación societaria. Han inventado entonces una teoría por la que escinden en el hombre una parte que ordenan al bien común y otra que de ninguna manera puede ordenarse. Y con dicha teoría quieren escapar al individualismo, llamándose jactanciosamente *personalistas*.

La dignidad de persona humana no le viene al hombre de la grandeza de su constitución sino de su destino, esto es, de su ordenación a algo que es más grande que élla, a un Todo, a un Bien Común Universal, que tiene a Dios por Centro y por Legislador. En la creación no hay nada aislado, nada en soledad, omnísciente, intocable, como bastándose a sí mismo, como un todo, dotado de soberanía. El mismo Dios posee su propia plenitud en el Bien Común de la Sociedad Trinitaria.

La grandeza de la libertad no consiste entonces en la autodeterminación sino en que es

SUMARIO

NUESTRO TIEMPO: Normalidad Política. — JULIO MEINVELLE: Libertad y autoridad. — SANTIAGO DE ESTRADA: San Cosme y San Damián. — ERNESTO SEGURA: Trento y la Cristiandad. — ALBERTO CAPRILE (h.): El

vínculo con Estados Unidos. — M. E.: Sermiento 1944. — MARCELO SÁNCHEZ SORONDO: ¿Revolución en la Universidad? — CALDERÓN: Ecclesia. — FEDERICO IBARGUREN: Analogía de la Historia. — PEDRO A. SÁENZ:

Música italiana en la Wagneriana. — MIGUEL RETO: Exposiciones. — ECONOMÍA. RESEÑA DE LECTURAS. — JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA: Dibujo de San Cosme y San Damián y Carátula. Dibujos de F. Fornieles.

medio de reintegrarse al bien común, Bien común Universal que constituye la ciudad de Dios y que tiene como uno de sus analogados inferiores la comunidad temporal del Estado.

De aquí que la Iglesia enseñe que "la potestad de los que gobiernan las ciudades es cierta comunicación de la potestad divina" (León XIII, *Diuturnum*) y que el Apóstol San Pablo instruya a los romanos que, vivían bajo el mando de los emperadores idólatras, "acerca de la reverencia que se debe a las supremas potestades, con tan grande autoridad y peso, que parece que nada pueda mandarse con más severidad: «Toda alma está sujeta a las potestades superiores, pues no hay potestad sino de Dios... Así quien resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios. Mas los que resisten se hacen reos de condenación... Por tanto, debéis estarle sujetos, no sólo por el castigo, sino también por conciencias». Y en este mismo sentido está del todo conforme la nobilísima sentencia de San Pedro, príncipe de los Apóstoles: «estad sujetos a toda humana criatura (constituida sobre vosotros) por respeto a Dios, ya sea el rey, como que ocupa el primer lugar; ya sean los gobernadores... porque así es la voluntad de Dios».

Este bien común temporal no subordina a sí todas las ordenaciones de la persona humana, dirá alguno. Exacto. Pero ciertamente subordina algunas y el hombre —la persona humana con toda su dignidad que es grande— debe, en conciencia, sometiendo a esta potestad y si la niega, delinque gravemente y, con ello, quebranta el orden de la comunidad universal que tiene a Dios por supremo Legislador.

De tal suerte ha falseado el liberalismo la mentalidad moderna, que muchos se imaginan que la autoridad y la ley son enemigos contra los cuales la libertad ha de precaverse, de entrada. Error gravísimo, que si tuviera algún asidero en los atropellos de la autoridad, no debiéramos olvidar que éstos corren parejos con las falsas libertades que, desde el siglo XVI hasta nuestros días, atizan el ejercicio de la tiranía. Porque la tiranía no es sino la desorbitación de la libertad en los que mandan, así como la rebelión lo es en los que obedecen. Una y otra tienen, como única causa, la independencia respecto de la Ley Eterna que ha de regir la comunidad universal de las criaturas.

La desorbitación de la libertad, he aquí el mal de la Modernidad, contra el cual la Iglesia no deja de prevenirnos con apremiantes exhortaciones.

De aquí el daño que causan los que en un mundo frenético de esta falsa libertad, se constituyen en panegiristas de la libertad, así, sin más explicación, alegando que ella es un bien, de la que la Iglesia es depositaria. Y quieren contradecir lo evidente, de que la palabra "libertad", en el lenguaje corriente y cuando se presenta sin otro aditamento, ha sido erigida en bandera de la revolución social. Es este un hecho y no una opinión. Los atropellos más inauditos se han cometido y se cometen al amparo de este gran vocablo. Desde la Reforma hasta nuestros días no hay crimen revolucionario —y son incontables— que no se haya perpetrado a su amparo. La Iglesia lo sabe bien y por esto, León XIII en sus celeberrimas encíclicas ha dejado comprobado el dato, señalando la Reforma, el filosofismo, la Revolución Francesa, el liberalismo, el socialismo y el comunismo como etapas de esta libertad revolucionaria. He aquí los textos, sobre los que debieran meditar, con toda gravedad, muchos católicos y hasta clérigos, convertidos en demagogos.

La Reforma. "...las doctrinas inventadas por los modernos... como otros tantos acicates, estimulan las pasiones populares, que se engrien y se insolentan precipitándose por fácil pendiente a los ciegos movimientos y abiertas sediciones, amenazando la vida misma de los Estados. Lo cual se comprueba con lo que sucedió en los tiempos de la llamada Reforma..." (*Diuturnum*).

Filosofismo. "Poco después que aquellos que se gloraban con el nombre de filósofos atribuyeron al hombre cierta desenfrenada libertad, se empezó a formar y sancionar un

Derecho nuevo, contrario a la ley natural y divina". (Quod Apostolici Muneris.)

Revolución Francesa. "De aquí, como de fuente, se derivaron aquellos modernos principios de libertad desenfrenada, inventados en la gran revolución del pasado siglo..." (Inmortale Dei.)

Liberalismo. "Hay muchos imitadores de Lucifer, cuyo es aquel nefando grito no serviré, que con nombre de libertad defienden una licencia absurda... y quieren ser llamados liberales". (Libertas.)

Socialismo y comunismo. "De aquella herejía nació en el pasado siglo el filosofismo, el llamado derecho nuevo, la soberanía popular y, recientemente, una licencia, incipiente e ignara, que muchos califican sólo de libertad; todo lo cual ha traído estas plagas, que se llaman comunismo, socialismo y nihilismo, tremendos monstruos de la sociedad civil, cuyos funerales parecen. Y sin embargo muchos se esfuerzan por extender y dilatar el imperio de tantos males, y su color de favorecer los intereses de las muchedumbres, promovieron no pocos incendios de calamidades". (*Diuturnum*.)

Por esto la Iglesia, defensora de la auténtica libertad siempre la hace acompañar de los calificativos de "justa", "verdadera", "racional".

Si esta libertad, de que la Iglesia es admirable guardiana, es l que ha levantado exultante entusiasmo en pintorescos elementos del país, comenzando por los grandes diarios, con motivo de los panegíricos libertarios de un predicador foráneo, hay que descontar que estamos en vísperas de numerosas y grandes conversiones. Porque de esta libertad, dice la *Imitación de Cristo*, II Parte, cap. 62: "Hijo, no puedes poseer la perfecta libertad, si no te

niegas a ti mismo". Y el Divino Salvador, enseña:

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame. Porque quien quiere salvar su alma, la perderá..." (Le. IX, 23 y 24.)

Y el Apóstol San Pablo enseña que "...ni fornicarios, ni adúlteros, ni moles, ni sodomitas, ni ladrones, ni avaros, ni bebedores, ni maldicientes, ni robadores" (I. Cor. VI, 9) pueden poseer esta libertad si no los que han crucificado su carne con sus concupiscencias. (Gálatas V. 24.) Porque es este sometimiento de nuestra libertad a la autoridad, la Verdad que nos hace libres. (San Juan, VIII, 32.)

Pero a juzgar por los singulares elementos que se han sentido interpretados y "justificados" por el predicador de referencia, no es ésta, la libertad que celebrara si no aquella otra, la pagana a pesar del farisaico celo con que fustigan "el neopaganismo" infiltrado en el mundo y aún entre los católicos— libertad pagana que describe el Apóstol San Pablo en su carta a los Romanos (I, 29-32).

"Estando llenos de toda injusticia, maldad, fornicación, avaricia, malicia, henchidos de envidia, homicidio, contienda, dolo, malignidad, chismosos, murmuradores, aborrecedores de Dios, protervos, engreídos, jactanciosos, inventores de maldades, desobedientes a los padres, insensatos, descompuestos, desamorados, implacables, despiadados, que teniendo bien conocido el justo ordenamiento de Dios, que quienes tales cosas obran ser dignos de muerte, no solamente ellos las hacen, mas aún consienten con los que obran". Esta libertad pagana — y no otra — ha arrojado en la demencia a los pueblos que, desde hace cuatro siglos han vuelto las espaldas a Cristo y a su Iglesia.

JULIO MEINVILLE.

SAN COSME Y

Gobernaba la Iglesia de Dios el Santo Papa Caius. El Emperador Diocleciano aún no había hecho sentir todo el rigor de su crueldad, pero ya comenzaba a subir la cruenta marea que culminaría en la décima persecución general de los fieles de Cristo. En Oriente, Lysias, gobernador de Cilicia, luego de martirizar a Claudio, Asterio y Neón y a las santas mujeres Donvina y Teonila, se ensañó en Cosme y Damián, sindicados por el magistrado municipal de Egea, y que obtuvieron así el galardón prometido a quienes dan su vida en testimonio de la Fe.

Cosme y Damián eran hermanos. Una misma sangre corría por las venas de ambos, y sus rostros llevaban impresa la semejanza que confiere una ascendencia común. Pero la fraternidad de la sangre era en ellos sustituido real, más que símbolo, de la fraternidad sellada en el Agua del Bautismo; como la presencia en sus almas de los trazos de Cristo era el coronamiento de esa otra semejanza fundada en la filiación humana. La Naturaleza y la Gracia los afianzaban, pues, en la verdadera amistad que, por venir de la Alto, une a los hombres en el Amor.

Eran, además, médicos. Y como sabían que las enfermedades del cuerpo significan las flaquezas del alma y que la medicina es también parábola, hallaron en el ejercicio de su profesión un vastísimo campo donde obrar las maravillas de que sólo la Caridad es capaz, y así, sin descuidar la salud corporal de sus pacientes, les procuraban la salud eterna. De esta manera pronto dieron pretexto a los jefes paganos para ser puestos en manos de sus verdugos.

La fama de Cosme y de Damián se extendió por toda la comarca. Las gentes sencillas y humildes se admiraban tanto del celo con que ambos actuaban como del profundo desinterés con que acudían en socorro de enfermos y heridos. De ahí que les llamaran "Hombres-sin-Dinero", como público testimonio del entusiasmo con que los santos despreciaban los



TRENTO Y LA CRISTIANDAD

Pronto tendremos que celebrar —de pie, arma al brazo y entre fragor de lucha— el cuarto centenario del Concilio de Trento. Es difícil predecir qué actitud adoptará el mundo frente a la conmemoración de este acontecimiento, el más importante de la Edad Moderna. Pero es indudable que de la aceptación del mensaje tridentino en esta hora, puede depender el futuro del mundo para otros cuatro siglos.

Trento aparece en la historia como la última palabra de la Iglesia (y de Dios) frente a una Europa que apostataba de su destino. Como el único puente por el cual Europa hubiera podido retornar a la unidad perdida, y asegurar con ello el futuro de la Cristiandad, que era el del mundo. Europa pudo haber escuchado la propuesta de Trento y haberse salvado. No la escuchó y la perdió. Trento es el nudo de la historia moderna. El único momento verdaderamente crucial, hoy que tanto se habla de momentos cruciales de la historia. Crucial, porque allí se ofrecía otra vez la Cruz y la justificación por la Cruz, para la salvación de un mundo decrepito. Y allí quedó la Cruz solitaria, rechazada, y luego olvidada. Con el repudio de Trento por media Europa, se pierde la última esperanza de la restauración de la Cristiandad.

La crisis actual no es más que la maduración de un proceso de descomposición de la Cristiandad, comenzado en los siglos XIV y XV, durante los cuales fracasó el ideal medieval de crear una Europa unida, simple y

fuerte. Muchas fueron las causas de este fracaso que dejó inconclusa la Edad Media, como quedaron inconclusas sus Catedrales. Unas fueron de orden geográfico, como el rápido ensanchamiento del mundo, dilatado prematuramente por la brújula y los descubrimientos, y para el cual resultaba estrecho el sencillo andamiaje medieval. Otras de orden intelectual, como la fiebre de humanismo pagano, favorecida por la rápida difusión de los clásicos antiguos y provocada por la triste decadencia de la escolástica. Hubo también causas de orden económico social, como la aparición de la burguesía y el crédito, y de orden político, como el auge y poderío de las ciudades libres, que rompía con el sistema feudal establecido. Pero en realidad, todo este cúmulo de semicausas no era más que el efecto de una causa primera, común, mucho más profunda: la misteriosa evolución que se operaba en lo más íntimo del espíritu del hombre medieval. Evolución o revolución que los historiadores y filósofos pueden explicar con muchas palabras y en muy diversos términos, pero que el cristiano, cuando la analiza a través de la experiencia "a posteriori" de cuatro siglos, no puede calificar sino con una palabra: apostasía. El hombre se había cansado de ser hijo de Dios. Como al hijo pródigo, se le hacían pesados los lazos del amor paterno y soñaba con vagar por el mundo, solo y libre. El hombre se torna en objeto exclusivo del amor, de la contemplación y de la delectación del hombre. Esta afirmación antropocéntrica, contrapuesta a la afirmación teocéntrica de la Edad Media, es la que da comienzo al humanismo moderno. Así la Cristiandad se descentra. Y al mismo tiempo se bambolea, como una Catedral a la que hubieran arrancado los cimientos.

Durante un par de siglos pudo el hombre moderno ocultar su natural miseria, vistiéndola con los despojos del cristianismo rechazado. Son los siglos del Renacimiento pagano, durante los cuales el hombre moderno adopta actitudes de superhombre. Como el hijo pródigo, en sus buenos días, mientras derrochaba la herencia paterna con amigos y rameras. Pero este impulso, fruto de las épocas cristianas, pronto se agota y el hombre moderno aparece con toda su repulsiva fealdad en el movimiento que lo significa primero, y que después lo envuelve, lo devora, y lo convierte en triste resaca del "Malström" infernal que es el mundo moderno. A este movimiento se lo suele denominar la Reforma protestante, y se le suele asignar como fundador a un fraile apóstata, Martín Lutero. Es aceptable esta denominación, siempre que consideremos a una y a otro como efectos, y no como causas, y no distinguamos el movimiento protestante de todas las demás creaciones del espíritu moderno que por natural evolución sobrevienen, y se llaman liberalismo, socialismo, comunismo, nacionalsocialismo, y que se llamarán mañana imperialismo yanqui o soviético, o lo que sea. No hay, pues, más que dos Edades, la Edad Media y la Edad Moderna, así como no hay más que dos estados del hombre, el estado de gracia y el estado de pecado. La Edad Media estaba en gracia de Dios, a pesar de sus pequeñas o grandes miserias. La Edad Moderna está absolutamente en pecado mortal.

Dios siempre suele ofrecer al hombre caído alguna oportunidad de regenerarse, y esta oportunidad en la Edad Moderna fué el Concilio de Trento. Ya Dios había salvado a Europa en el siglo IV con el Concilio de Nicea, cuando el arrianismo pretendía introducir la peste del humanismo en una Europa ya cristiana, negando la divinidad de Cristo primero, para negar después la divinización del hombre por la Gracia. La había salvado también con el Concilio de Efeso, que en el siglo XVI Dios le ofreció a Europa una oportunidad de renacer a su perdida unidad, bajo la sabia dirección de Trento.

Trento es la personificación del interés con que la Iglesia trata siempre los destinos humanos. En Trento la Iglesia saca fuerzas de su misma flaqueza, como las madres cuando ven peligrar a sus hijos. Reorganiza lo mejor de sus teólogos, y reaviva lo mejor de sus energías, es decir, llama a las puertas de España la Única, pedazo de cristiandad medieval, no contaminada aún con el virus de una Europa, que afortunadamente terminaba en los Pirineos. A una Europa descristianizada, pero capaz aún de regenerarse, le habla en los términos netos, definitivos y severos, con que el médico propone una intervención inevitable e impostergable. Y como la raíz de los males europeos era teológica, le propone una solución teológica: la justificación por los méritos de Cristo y el retorno a la unidad perdida, en la síntesis orgánica del Cuerpo Místico.

A cuatro siglos de distancia, resulta todavía más impresionante la lectura de las Actas y Decretos Tridentinos. Vemos allí debatirse el futuro de Europa. La Europa que hubiera podido ser, y la que realmente fué. Vemos condenar en sus Cánones, uno tras otros, todos los errores de la época, algunos aparentemente nimios y teóricos, pero en los cuales la experiencia moderna advina larvados todos los males contemporáneos. Y pensamos que si Europa hubiera escuchado y vivido el Decreto de la Justificación, promulgado en la Sesión VI (e inspirado en el pensamiento de un español, Diego Laínez), no hubiéramos conocido las criminales estupideces del liberalismo del siglo pasado, ni la suprema degradación humana del comunismo ateo.

Europa pudo haber escuchado la propuesta de Trento y haberse salvado. No la escuchó y se perdió. Consecuencia del repudio de Trento es toda la historia contemporánea. Pero Dios hizo sanables a las naciones y Trento puede rendir hoy los frutos que la herejía humanista le impidiera rendir plenamente hace cuatro siglos. La semilla estuvo

SAN DAMIAN

bienes terrenales y hasta el justo salario de sus incansables trabajos.

Cuando les llegó la hora del martirio fué tan sublime su constancia como vana y mezquina la pretensión de sus perseguidores, que creyeron poder apartarlos del Señor a fuerza de suplicios, vejaciones e injurias de todas clases. Cosme y Damián dieron alegremente la vida, y en su glorioso tránsito tuvieron la dicha de ser seguidos por Anthimo, Leoncio y Euprepio, también hermanos comunes, que fueron martirizados en la misma ocasión.

La sangre los unió en la muerte como los había unido en la vida. Su martirio selló el cielo, significado por el vínculo natural y hecho auténtica realidad por el Bautismo. ¡Gracia singular la de estos hermanos! "Verdadera fraternidad que venció a los crímenes del mundo".

La Santa Iglesia, que celebra su triunfo el 27 de septiembre, les dedica la estación de la feria V después del tercer Domingo de Cuaresma y coloca sus nombres en la primera lista del Canon de la Misa. Comúnmente se atribuye tan excelso honor al gran poder intercesor conferido por Dios a estos santos mártires y a la devoción con que en todos los ámbitos del bajo Imperio los venerara el pueblo cristiano. No sería razonable, sin embargo, olvidar el valor profético de cuanto obra la santa Esposa de Cristo, sobre todo cuando parecería reinar la Discordia entre los hermanos, olvidados ya del vínculo de la sangre (lo que es una aberración antinatural), ya de la unidad nacida en el Bautismo (lo cual equivale a rasgar la túnica inconsútil del Señor).

La raza de los Dioclecianos no ha muerto. Dios no ha querido acabar con ella. Quizá sea indispensable su existencia para que los hermanos, en vez de devorarse los unos a los otros juntos su sangre en el Altar común. Por lo menos así habría oportunidad para que se repitiera el saludable ejemplo de Cosme y Damián.

SANTIAGO DE ESTRADA.



oculta cuatro siglos. Quiera Dios que a nosotros nos sea dado verla germinar. Para eso debemos volver a Trento, para buscar allí la Cruz y la Gracia de Cristo, hoy que tanto se insiste en la necesidad de conservar lo poco que nos queda de civilización cristiana. A Trento hay que volver, a buscar la Gracia y la Verdad integral, porque lo que salvará al mundo no es un vago cristianismo, liberal y vergonzante, sino el único cristianismo auténtico, el cristianismo rotundo y teológico de Trento.

Europa ha de salvarse, ha dicho Julio Meinvielle, pero por un milagro de María, Reina de la Paz. Y el Concilio de Trento, que al reafirmar en el pecado original el origen de la común miseria, quiso excluir a Una solamente, adelantándose al maravilloso dogma de la Inmaculada Concepción de María, puede llegar a ser, conmemorado y vivido por nosotros, el punto de partida de una Nueva Cristiandad.

ERNESTO SEGURA



EL VINCULO CON ESTADOS UNIDOS

Corresponde, particularmente en la Argentina, distinguir entre los simples vínculos y los vínculos poderosos. Tan decisivos son los vínculos poderosos de la Argentina que contrapesan su propia naturaleza, integran su estructura y conforman su fisonomía. Cuando se considera algún cambio en los vínculos poderosos conviene separar los esenciales —origen, religión, cultura, sangre— que la ligan a España e Italia de los eventualmente contrarios —comercio, civilización— que la unen a Inglaterra y Francia.

En los últimos años los Estados Unidos han procurado convertir en poderoso su vínculo con la Argentina. No lo han logrado porque no se conoce su objeto o espíritu. También otros factores lo impiden. La Argentina todavía considera con desdano la posibilidad de estudiar, discutir o fijar una conducta inteligente y expresiva frente al hecho concreto de la modalidad norteamericana. Diríase que los viejos vínculos le aploman toda iniciativa. Por su parte los Estados Unidos se lanzan ávidos en nuestra dirección pero sin otra guía, al parecer, que un confuso movimiento instintivo. Estamos pues en que los Estados Unidos no saben —aunque no olvidamos la posibilidad de que la razón sea que no quieran decir— que es lo que pretenden en la Argentina. En efecto, su avance —atolondrado o despistado, según la tesis que se acepte— invade sin discriminación. Se le supondría, a veces, haciendo ensayos para substituir a alguno de los vínculos esenciales de la Argentina con la absurda inconciencia de la mona que se vistió de seda. En la zona de los vínculos contrarios, tampoco acertarían. En lo comercial en tiempos de paz venden y no compran; en los de guerra, compran y no venden. Pero lo que importa no es esta perturbadora experiencia si no la ausencia de un propósito inteligente encaminado a atacar el desequilibrio perturbador.

En cuanto a lo que los norteamericanos consideran su civilización, el modo propio y superior de vida que debe ganarles voluntad y admiración en el exterior, se presenta ante el hombre argentino como una solución deficiente. En contraste veamos como ve a Francia el argentino. Generalmente el argentino que es devoto de Francia en definitiva busca y admira lo que en lo francés es universal y de ninguna manera, aunque lo suponga, lo que es típica y estrechamente francés. Ese que parece devoto de lo extranjero

es como argentino que busca el plano universal porque es a la Argentina a quien quiere brindar ese plano que desea conquistar porque aprecia y, a veces sobreaprecia. Los Estados Unidos no procuran al hombre argentino una oportunidad similar, porque sus instrumentos para expresar lo universal, también son pobres. Los norteamericanos conocen esta deficiencia suya por continuas comprobaciones prácticas. La última prueba la acaba de suministrar el fracaso sufrido por la intentona de trasladar de París a Nueva York el centro de la moda al amparo de las circunstancias favorables producidas por la guerra. Contando con los factores materiales más propicios fracasaron en la empresa, capitales cuantiosos que favorecía deliberadamente la acción oficial. La única explicación es la de que la moda no encontró la universalidad que es su oxígeno.

¿Si no puede incorporarse lo universal, podrían universalizar lo propio? Examinemos su presente disposición, en busca de algún indicio.

Desde que se encontraron anegados por el éxito material y comprendieron que, para no ahogarse, debían modificar el impulso que lo produce, los norteamericanos no han encontrado la solución reemplazante. La guerra sólo ha suspendido la presencia de la crisis que, en su lugar de reserva, sigue siendo el fantasma de la paz, quizás en un grado más amenazador que nunca. Con esta situación pendiente el público se siente confrontado con una ausencia, la ausencia de la consagrada "filosofía" del éxito material. No les ha quedado otra salida que adoptar una simple actitud. Dos maneras fundamentales caracterizan dicha actitud. Por un lado se la ve rebelde concretándose en denuncias indignadas y brutalmente crudas como las hechas en "El camino del tabaco", en "Viñas de Ira" y en cien otros documentos escritos o fotográficos. Es un gesto valiente pero sin sentido ni objeto para el hombre que está forzado a mirar a los Estados Unidos como al país más rico de la tierra. Esta actitud también está en reserva como la crisis que la provocó. La manera en vigencia de esta misma actitud, a la par que la más popular de las dos, se resuelve en escepticismo. Para satisfacer los diversos temperamentos parten varios canales de este escepticismo. Veamos, por ejemplo, el que se vuelca en el canal de la suficiencia y que alcanza su más fina expresión con el novelista J. P. Marquand. La película presentada aquí con el título "Sol de Otoño" es inspirada en uno de sus libros. Sus discípulos o imitadores se han hecho notar más en el cinematógrafo porque produjeron "El diablo dijo no". Todos ellos eran climas sentimentales que permiten contemplar lo que ocurre con irónica benevolencia o despreocupada sorna.

En el otro extremo, cuando se vuelca en el canal de la ingenuidad Thornton Wilder, como maestro, produce "Nuestro pueblo". En este caso, como en el de numerosísimos imitadores, se crea un clima sentimental para presentar complacientemente lo insignificante.

En todos los casos, y esta es la ley del momento, se recurre al sentimentalismo para evitar que se aplique una tabla de valores, un criterio, un juicio. Gracias a la larga gama de escepticismos sentimentales todo adquiere "valor humano". La oruga cercana vale más que el sabio lejano, lo vivido cuenta y lo demás no.

Nada en esa simple preferencia por lo propio puede seducir al observador argentino o sugerirle que le resultará interesante o beneficioso estrechar vínculos con los Estados Unidos.

No se sabe pues, como decíamos, en que campo, ni en que orden o sobre cual base podría fortalecerse el vínculo de la Argentina con los Estados Unidos.

Se sabe, en cambio, que por la importancia que los vínculos en general tienen para la Argentina las pretensiones norteamericanas son un gran problema.

En los artículos anteriores hemos planteado el problema de la realidad política argentina para llegar a la conclusión de que el antagonismo que, en la esfera del conglomerado social, se plantea incesantemente entre el régimen popular que busca libertad y el nacionalismo que quiere orden, sólo tiene solución en la esfera superior del gobierno, quien, en una idea política ejemplar, debe llevar a la realidad la síntesis de orden en la libertad.

El pensamiento nuestro estaba regido por la convicción de que no podía lograrse esa síntesis sino en esa esfera porque sólo una inteligencia, relativamente excepcional, era capaz de crearla. Es muy fácil decir "orden en la libertad" pero cuando se tiene en cuenta que estos dos vocablos han sido objeto de un desgarramiento progresivo que abarca cuatro siglos acelerados de vida humana, se comprende que no se trata ya de un agenciamiento mecánico de ambos términos, sino de una síntesis vital operativa. Dos etapas, entonces, la de creación vital primeramente, y luego la de darle fuerza operativa, en el orden del gobierno político. Y entre qué términos, tan dispares, como la vida tradicional con los valores permanentes de Iglesia, familia, educación, propiedad, trabajo, ciudad y nación y la Modernidad, que es un correr hacia adelante, desatando vínculos que atan el individuo humano a estos grupos y valores tradicionales.

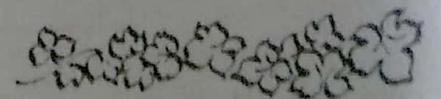
Pero tomemos el asunto en sí y veamos si no habría alguna posibilidad de que, entre un nacionalismo, como lo hemos descrito, anti-intelectualista, mecánico, violento y reaccionario, y un régimen popular, plebeyo, democrático y libertario, no se pudiera intentar un tercer movimiento, una composición de fuerzas, que nos diera un "nacionalismo popular" o un "democratismo nacionalista", dejando la denominación más apropiada al matiz que pudiera caracterizar este tercer grupo.

Dos problemas surgen inmediatamente del planteo de esta cuestión. El primero, acerca de las posibilidades de formar un movimiento de esta índole y el segundo acerca de las posibilidades de que tal movimiento pueda tener en la conducción de la política argentina.

Las posibilidades de un movimiento que represente una tercera posición son escasas, si se tiene en cuenta que la masa se mueve por impulsos primarios y detrás de ideas excesivamente simplistas. Una posición que comporte un equilibrio de los valores tradicionales de vida en el ritmo de la Modernidad no puede ser hallada sino por una mente que pondere las fuerzas en juego, que mida sus móviles y sus impulsos, que calcule sus probabilidades de encuentro. No puede ser lograda sino por un grupo reducido de personas, con preparación y sentido de la vida pública; una escuela política, en realidad. Pero un movimiento de masa, en posición de equilibrio, ¿se ha visto cosa semejante? Aún la escuela política que sostenga la defensa de los valores permanentes de la nacionalidad en un programa pendiente de realización evolutiva, está expuesta a degenerar en un grupo mediocre, anodino, sin fuerza ni vigor, si un jefe, de condiciones excepcionales, no mantiene, en alto, el punto de tensión de ese equilibrio; cuanto más, el intento de lograrlo en un movimiento de masas, ha de producir un gran partido; una masa sin voluntad y sin impulsos, una C. E. D. A., como aquella de Gil Robles en España que, más que atajar las furias de las fuerzas que se disputaban, en lucha antagonica, la suerte de España, sirvió para enardecerlas.

Un equilibrio de orden en la libertad no es posible en un movimiento de masas. Si, es posible, un nacionalismo popular, en que los grandes temas del nacionalismo, como la integridad de la soberanía, la recuperación, so-

ALBERTO CAPRILE (h.).



bre todo económica, del país, la xenofobia, pueden prender en la masa popular. Una masa, movida por los tópicos nacionalistas, no es entre nosotros una posibilidad sino un hecho. La prédica de la prensa y la acción de los grupos nacionalistas, favorecida por las condiciones de patriotismo y de independencia que caracterizan nuestro medio ha producido este magnífico movimiento de masa nacionalista que, luego, se ha visto robustecido por la torpe provocación del Departamento de Estado de Estados Unidos.

Esta masa tiene eficacia grande y decisiva para impedir que los valores permanentes de la nacionalidad puedan ser violados y sus manifestaciones públicas como garantía de estos valores, no pueden ser superados por ninguna otra fuerza rival.

Pero sería error grave, inferir de aquí, que esa masa pueda ser utilizada en un plano electoral. La explicación de esa imposibilidad no es difícil. Es un fenómeno de psicología de multitudes. La masa en sus movimientos adquiere instintivamente un comportamiento de acuerdo al medio y al momento en que actúa. La misma muchedumbre, compuesta de cien mil personas, adquirirá un comportamiento "religioso" si está en un acto de Congreso Eucarístico, "populachero" en un partido de fútbol, "izquierdoide" en elecciones libres. El medio impone la actitud de los circunstantes. La muchedumbre, convocada a elecciones, procederá rutinariamente y de acuerdo a lo que en ellas se acostumbra. Los hombres, de cuarenta años en adelante, acudirán por propio impulso, conscientes del cumplimiento de un deber porque así lo han creído veinte años atrás, y porque así, lo siguen creyendo en su generalidad sin haberse tomado la molestia de revisar aquellas ideas. En cambio, los jóvenes que viven en un clima de excepcionalismo electoral acudirán a las elecciones porque a ellas han sido convocados y, sin espíritu de crítica, harán en ellas lo que vean hacer a los demás. Aquellos no han de concurrir a la manifestación nacionalista, a la que éstos se sentirán dispuestos y llenos de entusiasmo. Y donde los jóvenes triunfan, los de las generaciones pasadas se llaman a retiro, así como éstos se sienten situados, donde aquellos no encuentran razón de ser.

El sentido exacto de estos fenómenos de las reacciones de las muchedumbres es importantísimo para que los que tienen en sus manos el poder político o pueden influir sobre él o pueden orientar la opinión, estén advertidos y no se dejen seducir por el mito del número que conducirá a desastrosos errores.

Después de lo que llevamos dicho en artículos anteriores, no es necesario aclarar que la masa nacionalista, ni nadie en su nombre, puede pretender conducir la política argentina. Tiene derecho, sí, a que ésta no se conduzca contra su anhelo profundo de orden y de defensa de los valores permanentes, pero no precisamente a que sea ella quien la conduzca. El nacionalismo, como también decíamos, no puede interpretar la total realidad política argentina; además de que el país, como la masa nacionalista, necesita ser conducida por una inteligencia y voluntad capaces de asegurarle el verdadero bien común.

Sólo el Político auténtico puede interpretar en el plano mismo del gobierno la realidad total de la comunidad argentina y asegurarle a ésta su normalidad. Esta ha de producirse, cuando los que tienen en sus manos la fuerza del poder, renunciando a toda ambición personal que no cabe en varones de grandeza de espíritu, anuncian clara y definitivamente que no se ha de volver ya jamás, al falso orden pasado, y requieran la colaboración de un grupo homogéneo de personas expectables, que ofrezcan garantía respecto de los valores permanentes de la nacionalidad y quieran gobernar firme y serenamente. Recién entonces, entrará el país en la normalidad, de la que nadie tendrá que preguntarse cómo ni cuándo salir.

NUESTRO TIEMPO.



¿REVOLUCION EN LA UNIVERSIDAD?

Se oye decir como una solícita consigna al día: La Revolución debe llegar a la Universidad. Y hemos concluido nosotros por preguntarnos qué significa la revolución para la Universidad.

¿Una revolución en los espíritus? Esta es una interpretación mística y tentadora; pero hace tiempo que los espíritus no se rebelan —ni se revelan— en la Universidad.

¿Una revolución en la cultura? La fórmula, en el fondo tan académica, no podría decir nada más obtuso ni menos valedero. Aunque la Universidad sea la persona cultural del Estado, y precisamente porque lo es, no se puede, de hecho, ni se podrá durante varias generaciones, abordar aquí el caso universidad en términos de cultura; lo serio es referirlo a la cuestión previa de la enseñanza y preparar el por-venir. La cultura oficial requiere en último análisis vocación de Estado como entre los antiguos el culto público requería condición de ciudad.

Apuntemos más cerca. ¿Una revolución en el sistema de la Universidad entonces? El propósito no resulta, así de pronto, descañado. Pero también en éste, otra vez aparece amenazante el punto oscuro o lo que no se ve claro: la proporción de los medios, la adecuación al medio, es decir, la circunstancia cabal, concreta, viable.

Es cierto, la universidad necesita arreglo. (Evitemos en esta materia el escollo de la palabra reforma). Desde luego la universidad, como todas nuestras cosas estaduales, está desarreglada. No se trata, pues, de negar el problema, sino de establecer sus límites posibles. Para ajustarnos al asunto distingamos lo que sea trascendentalmente crisis universitaria, de lo que en la crisis universitaria corresponda a una crisis del Estado.

Bajo su connotación esencial, la crisis universitaria afecta una categoría suprema de valores humanos, inaccesibles a las metamorfosis bruscas, a esa plástica de las transformaciones políticas. Los valores de inteligencia, en efecto, responden al contorno social con la misma obligada fidelidad al nivel de los vasos comunicantes. La política, al fin sólo "politique d'abord", se define ante esta armonía taciturna como el ritmo de un péndulo, ante esta ley infranqueable que supedita —para oprimir o exaltar— la personalidad a la sociedad, a una sociedad dada.

Pero, como función de gobierno, como cosa, la Universidad padece también cuando una crisis general de formas resiente la estructura entera del Estado. Por acá, sí, el problema universitario muestra una entrada —y una salida— política. En este sentido es superfluo encomendar especialmente la universidad a la revolución. Lo que interesa y mueve es la revolución en el Estado a secas. El cambio en la Universidad sólo sobrevendrá si una capacidad política concibe, crea, formas nuevas para las cosas del Estado. Porque siendo la universidad dentro del Estado, forma dependiente —objeto y no sujeto del poder político— la transformación del Estado no podría comenzar por la Universidad y mucho menos reducirse a la Universidad. ¿Cómo creer o desear que desde la Universidad se promueva la mudanza política del Estado? ¿O cómo ha de ser, ante un Estado impasible, la Universidad lo único que se altere? La Universidad nueva será una de las expresiones del Estado Nuevo, pero primero debe atenderse a la realidad del Estado Nuevo.

Por lo demás la revolución no es una forma de Estado, no es el orden. Al contrario el desorden en su momento agudo, en su gran desasosiego provoca la revolución. Toda

revolución lleva consigo, como se hereda al nacer la sangre de otros, cultivos de anarquía. Sólo la revolución dirigida, la que tiene conciencia de su pecado o de su fiebre original, no anda en tinieblas y se supera por su ansiedad de formas legítimas —no decimos legales— y de orden.

Elevada al Estado la revolución que se logra es un orden, es la normalidad. Entonces sólo metafóricamente, o como sobrenombre que le queda para uso de su literatura política, se llama asimismo revolución. Por eso mejor y más sobrio como consigna sería decir: A la Universidad debe llegar un orden.

MARCELO SÁNCHEZ SORONDO.



SARMIENTO 1944

No quita ni pone a la gloria ya incuestionable de Sarmiento, el gran aparato de explotación periodística, que con motivo de un aniversario de su muerte, ha movilizó entre nosotros el sector que, a sí mismo se atribuye la representación del liberalismo.

No enfatizamos, sin embargo, los hechos. Veamos simplemente en ellos, un indicio más de la miseria moral de esta hora, de por sí inclinada a toda clase de deformaciones.

En efecto, cuando se está en vísperas de la desaparición de un mundo caduco, es lógico, es archilógico que ese mismo mundo, cuyo dramático destino consiste en ser sujeto involuntario y ciego de aquel cambio que se avecina, haga —pretendiendo otros motivos— todos los aspavientos imaginables.

No obstante, como es siempre bueno mantenerse razonable entre los que han dejado de serlo, lúcido, entre los que todo confunden, recordemos —serena, cuerdate— que la actitud de Sarmiento frente a su época era, en rigor, antitética de la que pretenden ahora ensalzar sus sospechosos panegiristas.

La obra de Sarmiento casi diríamos mejor su vida entera, es una ecuación temperamental —no ideológica— que se resuelve en función de un medio histórico dado —el de la Argentina de 1840 a 1880— que el gran sanjuanino juzgaba, comparándolo con las exigencias del siglo, vitalmente en retardo y al cual quizo, en gigantesco esfuerzo, elevar hasta las grandes y legítimas conquistas técnicas de la época liberal.

Presentarlo hoy, por tanto, como dogmáticamente adscrito a un sistema de ideas y de instituciones que él utilizara a título de meros instrumentos de trabajo, sin cuidarse para nada ni de su fiel manejo, ni de su exacta interpretación, es, nos parece, el modo menos veraz de recordarlo.

No se requieren, en efecto, inteligencia ni sabor excepcionales, sino apenas buena fé, para imaginar a Sarmiento en 1944 como el crítico y el demoleedor de esas mismas ideas e instituciones que en su época tanto defendiera y propiciara, comprobado como está que ellas representan hoy una cosa análoga al medio social por el combatido y vapuleado, es decir, un conjunto de ideas y de instituciones sin vigencia ya, ni en las costumbres, ni en los espíritus.

Frente a lo que actualmente se entiende por liberalismo la actitud de Sarmiento habría sido —estamos seguros— muy semejante, si no idéntica, a la que hoy congrega a la generación nacionalista.

M. E.

ANALOGIAS DE LA HISTORIA

FRANCISCO MIRANDA

Miranda: o el representante de la *ideología liberal* en la Independencia Hispanoamericana.

Criollo audaz y renegado, pidió cínicamente ayuda a potencias extranjeras rompiendo así con la tradición de su patria, para construir un Estado *por decreto* —sobre bases racionales— cuyos lineamientos estructuró inspirándose en la antigua Roma y en los libros de la mercantilista revolución yanqui, en la que tomó parte activa.

Tiene este doble interés anecdótico el personaje que nos ocupa. El interés de su vida agitada, porque fué un gran aventurero. Y el interés de ser el primer hombre con predicamento político que aparece en el destino de los pueblos españoles de América, para desviarlos del curso de su emancipación legítima y necesaria —de su lealtad a la historia—, despertando el apetito imperialista de las grandes potencias anglosajonas cuyas rivalidades azuzó maquiavélicamente; pero a la postre, siempre en contra nuestro.

Miranda representa, sin duda, la influencia *masónica* en la revolución continental criolla. La revolución "dirigida" desde afuera.

Nace el Precursor en Caracas, el año de 1750 (año del tratado de Permuta). Hijo de español, desde muy joven se dedica a la carrera militar. Estuvo en África y Cuba; y enterado del movimiento revolucionario de las colonias anglosajonas del Norte, se enrola en los ejércitos de España para ir a pelear allí contra la metrópoli inglesa. Se destaca en estas campañas adquiriendo el grado de teniente coronel. Más tarde va a Rusia y, según dicen los historiadores, fué allí el favorito de la emperatriz Catalina. Pasó luego a Francia participando en la revolución de 1789, de la que saldrá huido, pero con el ascenso de general del ejército que logró combatiendo al lado del famoso Dumouriez.

Miranda fué así, a la vez: un ideólogo, un conspirador y un mercenario demagógico, por conveniencia propia. No le quedó otro remedio, a falta de arraigo, que aferrarse al sistema como sucedáneo del patriotismo. Y todos los proyectos que más tarde presentó a la Corte inglesa, a cuyo servicio se pusiera secretamente contra España, serían sobre la base de planes que él había aprendido en los libros. Pero ninguno de ellos llegó a tener fuerza suficiente como para provocar un levantamiento auténtico en su país natal: Venezuela. Lo derrotó allí la soledad más que el ejército de "empleados de aduana, sacerdotes, cirujanos, barberos y boticarios", como dijo un periódico inglés de la época.

Miranda, luego de huir de Francia y salvar milagrosamente el pellejo, se instala en Inglaterra (en Londres), poniéndose sin escrúpulos al servicio de S. M. B. Desde entonces, inicia conversaciones con Pitt y sus colegas de gabinete. Miranda será, en adelante, el principal animador y promotor de la *intervención inglesa* —militar, política y económica— en Hispanoamérica; y, por ende, en el Río de la Plata.

La correspondencia cambiada entre ambos personajes —el conspirador y el ministro— está registrada en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Londres, y ha sido publicada en parte por el Sr. Carlos Roberto en su libro: "Las Invasiones Inglesas en el Río de la Plata, 1806-1807". De ella surge que en 1799, el aventurero venezolano comienza a vincularse al gabinete Pitt, al ser estudiados sus planes por el gobierno y subvencionados sus servicios como agente por dicho Estado. A partir de esa fecha, Miranda vivirá con una pensión de Gran Bretaña y será, en consecuencia, un empleado a sueldo de los ingleses (además de fundador de una logia masónica que sirvió admirablemente para *descastar* a muchos de nuestros bisoños próceres de Mayo).

Sin embargo, el mentado Precursor logró

ECCLESIA

La que ves en piedad, en llama, en vuelo,
Ara al suelo, al sol pira, al viento ave,
Argos de estrellas, imitada nave,
Nubes vence, aire rompe, y toca al cielo.

Esta pues que la cumbre del Carmelo
Mira fiel, mansa ocupa, y sulca grave,
Con muda admiración muestra suave
Casto amor, justa fe, piadoso celo.

Oh militante Iglesia, más segura
Pisa tierra, aire enciendo, mar navega,
Y a más pilotos tu gobierno fia.

Triunfa eterna, está firme, vive pura;
Que ya en el golfo que te ves se anega
Culpa infiel, torpe error, ciega herejía.

CALDERÓN.

—acaso por esa irradiación contagiosa que tienen las ideas del siglo en que se vive— una gran influencia en ciertos jóvenes talentosos de los virreinos americanos que, aprovechando el descontento que existía en sus pueblos de origen (debido a causas que no eran precisamente ideológicas), levantaron la bandera del "mirandismo" deslumbrados con el nuevo núnem y con la receta milagrosa que les ofrecía. Comenzaron los más decididos organizándose en ligas secretas, y a medida que avanzaba la influencia revolucionaria, iban estos personajes haciéndose de fama y de prestigio en sus respectivos países. Así se explica el fanatismo de Antonio Nariño en Nueva Granada; la militancia de O'Higgins en Chile y los apetitos de gloria de Simón Bolívar, el "magnetizador universal del Nuevo Mundo" (en vías ya de ser dominado efectivamente por los ingleses).

Pero Miranda, aparte de lo que significó como vehículo de las ideas liberales en Amé-

rica fué, sobre todo, un agente de Inglaterra. Su fama le viene principalmente de allí. De haber sido un instrumento —conciente o no— de la potencia rectora cuya hegemonía política en el mundo afirmóse, a costa de España, después de la caída de Napoleón.

Ahora bien: ¿en qué consistían los planes revolucionarios del señor Miranda referidos a la emancipación americana bajo el patrocinio y auxilios de S. M. B.? A la vez lector de tratadistas estadounidenses y de comentaristas ingleses, el impaciente venezolano juntó lo que mejor convino de unos y otros engendrando de ahí su famoso "Estado Territorial y Agrícola": suerte de Constitución destinada a "desespañolizar" los pueblos iberoamericanos con utopías ideológicas al servicio del enemigo. Y ello, con el pretexto de asegurar a los hombres libres de América del Sur, su "felicidad" futura.

Producido el conflicto con los republicanos franceses, el autor se hizo monárquico adoptando dicho sistema en su "Estado Territorial". Pero como siempre fuera un desarragado y un rebelde, repudiando la historia propia inventó el sucedáneo demagógico de la reivindicación *indianista*. El nuevo rey sería, pues, para el legislador, un Inca secundado por dos Cámaras a la manera inglesa: la Cámara de los Caciques y la de los Comunes. Los Caciques elegidos por el Inca, y los Comunes por el pueblo.

De todo este inútil monumento institucional, la culpa la tuvo, en gran parte, el estúpido siglo "de las luces"; si bien se mira. Cierzo. Pero es necesario no olvidar que, aún cuando muchos cayeron en la tentación ideológica llegando a preconizar para sus pueblos la rectoría extranjera so capa de "Civilización", "Progreso" y "Felicidad" materiales —vendiendo el alma como en el Fausto, de Goethe—; otros contemporáneos suyos —menos ilustrados acaso— resistieron a la entrega (leales todavía a las viejas tradiciones vernáculas) repudiando, con la bandera de *soberanía y autodeterminación* políticas, el forasterismo a ultranza de Miranda en su lucha por la emancipación Hispanoamericana. Son ellos los que actuaron en nuestras seculares guerras contra los portugueses y en las hazañas de la Reconquista y Defensa de Buenos Aires, durante los años de 1806 y 1807. Los patricios de Cornelio Saavedra, el 25 de Mayo de 1810. Las montoneras de Artigas, estupendo caudillo de la Banda Oriental invadida por imperialistas lusitanos y británicos; el Libertador San Martín, y paralelamente la heroica huerte federal de Juan Manuel de Rosas: triunfadora en dos memorables ocasiones de Francia e Inglaterra, a la sazón las potencias más poderosas de la tierra.

Tal, la pura y auténtica verdad olvidada de antaño. Ejemplar verdad que ojalá se repita en la República Argentina de 1944.

¿Analogías de la Historia?...

FEDERICO IBARGUREN.

BIBLIOTECA DEL PEREGRINO



Los grandes autores católicos de todas las épocas, en libros cuidadosamente impresos y encuadernados.

ALEJANDRO MANZONI: Observaciones sobre la moral católica. Prólogo de Tomás D. Casares \$ 6.—



SAN ROBERTO BELARMINO: Libro de las Siete Palabras. Prólogo de Antonio Vallejo, O. F. M. \$ 5.50

APARECERÁ EN SEPTIEMBRE

SAN AGUSTÍN: Doctrina de vida espiritual. Una obra fundamental de utilidad cotidiana. En dos tomos de 650 páginas cada uno.

EMECÉ EDITORES, S. A.

San Martín 427 — Buenos Aires

A PROPOSITO DEL CARDENAL VERDIER

No hace muchos días —el 12 de septiembre, para precisar— el R. P. Joseph Vincent Ducattillon, en una conferencia que bajo el patrocinio de la Liga de Amigos de los Vascos pronunció, para celebrar la liberación de Francia, esbozó con fines de propaganda, una figura del Cardenal Verdier, que desde de la dignidad del gran Cardenal. Una lectora de NUESTRO TIEMPO, indignada de esta irreverencia y deseosa de repararla, en alguna medida, nos ha remitido traducida, la Segunda Carta que Su Eminencia el Cardenal Verdier, dirigió a Su Eminencia el Cardenal Primado de España, Isidro Gomá y Tomás, con ocasión de la guerra civil española. Por los conceptos contenidos en dicha carta, en la que se reconoce que la guerra civil española es "una lucha por la civilización cristiana" y que "en ella está en juego el porvenir de la Iglesia Católica", el Cardenal Verdier, glorificado por el P. Ducattillon y sus amigos, como bandera de los "católicos cristianos" ha de ser catalogado como "católico pagano".

La división inventada por el P. Ducattillon y sus amigos —al margen de la autoridad y del uso de la Iglesia— se vuelve contra ellos mismos. No se puede impunemente utilizar a la Iglesia como instrumento de propaganda política y ¡qué político donde cabe el izquierdismo más absurdo, que, a juzgar por el P. Ducattillon y sus amigos serían "de inspiración cristiana". (N. de la D.).

Arzobispado de París,
7 de Setiembre de 1937.

Eminencia:

Permítaseme ofrecer a Vuestra Eminencia y a sus Honorables colegas del episcopado nuestro agradecimiento y nuestra admiración, y que Vuestra Eminencia excuse el retraso que una larga ausencia de París me ha impuesto.

¡La carta tan conmovedora que nos habéis dirigido es verdaderamente una obra de luz!
¡Con qué nitidez analizáis las causas que han traído en vuestro país la horrible guerra que continúa aún!

¡Qué servicio prestáis a todas las naciones del mundo, mostrándoles, a la luz de los acontecimientos, adonde llevan el ateísmo práctico, el relajamiento de las costumbres, el debilitamiento de la autoridad y la connivencia de los gobiernos con esas doctrinas de destrucción y de muerte!

¡Es una lección singularmente oportuna la que nos dais, Eminencia!

En esta sangrienta luz medimos mejor los peligros que nos amenazan y vemos más nitidamente cuáles deben ser nuestra vigilancia y nuestra acción.

¿No es acaso evidente que la lucha titánica que ensangrienta hoy el suelo de la católica España es verdaderamente la lucha entre la civilización cristiana y la pretendida civilización del ateísmo soviético?

¡Y eso es lo que da a esta guerra una incomparable grandeza y a vuestras actitudes un carácter tan conmovedor!

Si, lo que está en juego en esa lucha es el porvenir de la Iglesia Católica y de la civilización que ella ha fundado, porque no es solamente por la España católica y tradicional que vuestros héroes han caído. Si vuestros obispos, vuestros sacerdotes, vuestras religiosas, vuestros fieles, han muerto por millares; si vuestra patria, antes tan hermosa, vé tantas iglesias incendiadas y destruidas, tantas riquezas artísticas destruidas o dispersas, tantos incomparables recuerdos aniquilados; si, en una palabra, la España ofrece, en esta hora, un sacrificio único en la historia, es que esos enemigos de Dios la habían elegido como primera etapa de su obra de destrucción.

Este pensamiento nos conmueve profundamente y suscita en nuestras almas una simpatía y un reconocimiento que nos es muy difícil expresar.

Pero, Eminencia, a través de tantos dolores y de tantas ruinas, una gran esperanza reduce ya para vuestra patria bienamada.

Ante todo, el heroísmo tan cristiano de vuestros hijos provoca la admiración del mundo entero y agrega nuevo brillo a la glo-

ria de la España caballerescas. Además, la gran familia católica recordará a través de los siglos los sacrificios que los hijos de la noble España han realizado para salvar su fe y ella bendecirá para siempre su memoria.

En fin, la voz de sus millares de mártires, que siempre es escuchada por Dios, no atrasará sobre el país donde han sufrido, todas las bendiciones del cielo? Sí, Eminencia, siempre "muy cristiana", siempre fiel, la España de mañana, con la aureola de sus mártires, con el perdón otorgado a sus verdugos, con la unión de todos sus hijos en la obediencia y en la caridad, con un orden social nuevo establecido a la luz de las encíclicas pontificias, en fin, con la gloria inmarcesible de tanto heroísmo volverá a tomar, más bella y más confiada que nunca, el camino de su glorioso destino.

Es, Eminencia, el voto y la ardiente plegaria de todos los católicos de Francia. Beso vuestra púrpura sagrada y soy de vuestra Eminencia el muy humilde servidor en Nuestro Señor.

JUAN, CARDENAL VERDIER,
Arzobispo de París.



MUSICA MUSICA ITALIANA EN LA WAGNERIANA

Obras de Marcello, Tartini, Verdi y Castelnuovo-Tedesco integraron el programa del primero de los tres conciertos dedicados a la música italiana que patrocinara la Asociación Wagneriana.

De Benedetto Marcello (1686-1739) poeta y músico veneciano, pudo oírse la sonata en mi menor y de Giuseppe Tartini (1692-1770) la sonata en sol menor, ambas para violín y piano. Ilustres representantes (sobre todo el segundo) del magnífico florecimiento de la escuela violinística italiana (que no sólo se refiere a ejecutantes y compositores sino también a geniales constructores de instrumentos como Amati y Stradivarius), Mar-

cello y Tartini acusan en sus obras la influencia del gran Corelli, todo sencillez y nobleza. Carlos Pessina y Rafael González ofrecieron una versión correcta y expresiva, bien ritmada, aunque, a nuestro juicio en ciertos momentos faltó brío, vigor.

El cuarteto de Verdi muestra una faz completamente nueva de su autor. Genial en el teatro, como lo prueban sus tres últimas óperas, fracasa cuando aborda un género tan delicado, íntimo como es el cuarteto de cuerdas. El esfuerzo que realiza por adaptarse salta a la vista pero el resultado es negativo por cuanto en los raros momentos en que logra zafarse de lo teatral y operístico cae en lo académico y en lo ingenuo. Con todo hay momentos de gran frescura y fluidez. De los cuatro movimientos, interpretados en forma excelente por el cuarteto Pessina, preferimos el primero y el último.

De Castelnuovo-Tedesco se ejecutó un Quinteto. Es este compositor, entre los italianos contemporáneos, uno de los que poseen más oficio y sello propio. Sabe perfectamente qué hacer y cómo hacerlo; no se ven lagunas ni vacilaciones por ninguna parte. Pero a estas envidiables condiciones de aplomo y seguridad corresponde un espíritu un tanto vulgar, de horizontes mezquinos. Castelnuovo-Tedesco abusa de recursos gastados, fáciles, vanamente camuflados por armonías "modernas". La sonoridad es agradable, los planos sonoros, bien equilibrados, no hay nada chocante, abundan los efectos pintorescos para cuyo logro el autor recurre a menudo a motivos folklóricos. Pero de esto, de lo pintoresco, no pasa.

El cuarteto Pessina y el pianista González ofrecieron una versión impecable de esta obra y el público pareció satisfecho a juzgar por los aplausos.

PEDRO A. SÁENZ.

EXPOSICIONES

ANA WEISS DE ROSSI⁽¹⁾

Puede ser en cierto modo explicable⁽²⁾ que algunos pintores, enamorados del arte pretérito, busquen obtener en sus cuadros una apariencia que lo recuerde. No deseamos dirigir ahora nuestra crítica a lamentar esa tendencia de Ana Weiss de Rossi, sino más bien a censurar a aquellos "entendidos" que, al discernirle honores de gran artista —cuando su obra carece de méritos suficientes— le hacen más daño que bien, impidiéndole quizás escoger otro camino más espontáneo en el que tal vez hubiera llegado a producir frutos modestos pero aceptables.

A pesar de la pobreza de los recursos y de la debilidad de la técnica —que no consigue "fundir" los finos matices empleados— deja advertir suave feminidad en la representación de los niños. Sus retratos de señoras sugieren el parecido que seguramente debe existir con sus modelos —aún en la expresión inteligente y distraída de las miradas— pero es lástima que recuerden demasiado a elegantes figurines de la moda. En lo tocante a la intención irónica que resalta en "El patrón", no la consideramos totalmente frustrada.

Pero para equilibrar la falta de maestría, los planos sin relieve, los colores sin fuerza y el dibujo sin carácter, es menester algo más que cierta sutileza y habilidad para evocar la pintura de grandes maestros de otras épocas.

Para sobrepasar la insuficiencia del artificio es necesario, o una gran ingenuidad sin rebuscamientos, lograda con desenvoltura, o una potente y desbordante poesía, que es demasiado escasa ¡ay! entre los que aspiran a los laureles.

MIGUEL RETO.

(1) Exposición en la galería Witcomb.

(2) Se explica esto por lo fácil que es encandilarse con el recuerdo de las grandes obras ya consagradas como excelentes en el pasado.

Pero la verdadera admiración de los maestros antiguos debe traducirse en la apropiación del espíritu y no de la letra de su producción artística.

ECONOMIA

SALARIOS Y COSTO DE VIDA

El costo de la vida en nuestro país es el que se ha mantenido más bajo que el de cualquier otro país, debido a la gran abundancia de artículos, —en especial los alimenticios y de vestido—, que han podido ofrecerse al mercado consumidor, y por las eficaces medidas tomadas por el Estado para evitar el alza artificial de los precios, así como las que determinaron la rebaja de los alquileres.

Los índices del costo de la vida que llegaron en 1943 a un promedio 112,1 con base 100 en 1939 están con tendencia a la baja en 1944, siendo el índice promedio de los 6 primeros meses 108,7. Pese a ello los salarios industriales han ido en constante aumento, pasando el salario medio nominal de 100 en 1939 a 114,44 en 1943 y a 122,9 en los mismos meses de 1944, con tendencia a subir más aún. Además en la distribución de estos salarios se tiene cada día mayormente en cuenta las necesidades del obrero en relación al número de familiares que debe sostener. En cada vez más difundido el salario familiar, sin que ello en nada modifique el salario de los solteros, vale decir, que cada nuevo caso de aplicación de salario familiar significa un aumento de salarios globales.

Existe una evidente preocupación por parte de todos los sectores de mejorar la condición social de los obreros, incluso en el campo, aunque en la rama de la agricultura presenta lógicas dificultades por su estancamiento. Pero no podemos dejar de establecer que las medidas de orden social que exigen un sacrificio pecuniario, deberán tener en cuenta la posibilidad material de cumplirlas. Lo contrario sería destruir poco a poco las fuentes de trabajo, provocando la paralización y la crisis. Si ha de evitarse la destrucción de esas fuentes, igualmente debe evitarse la detención de su desarrollo.

Es indispensable por lo tanto establecer las bases que regulen la adaptación de los salarios obreros al costo de la vida. Para ello contamos con estudios ya realizados y con los instrumentos necesarios para llevarlo a la práctica. El decreto 142.353 del 18 de Marzo de 1943 dispuso la creación de la Comisión Asesora de Salarios encargada de dictaminar sobre la adaptación de las retribuciones a las fluctuaciones del costo de la vida, y a fines de Abril del mismo año fueron aprobadas por el Departamento del Trabajo las "Normas para correlacionar los salarios con los índices del costo de la vida", elaborados por la División de Estadística del Trabajo. Se trata de un prolijo y fundado estudio sobre el particular, en el cual se analizan las circunstancias para determinar los salarios que han de servir de base, discriminando categorías profesionales de los trabajadores, peculiaridades típicas de distintas ocupaciones, etc.; qué se entiende por nivel de vida y fluctuaciones de su costo, haciendo una detallada exposición de métodos; y por fin los sistemas de adaptación de unos con el otro.

Si bien son loables todas las medidas aisladas que se toman con el fin de adaptar, aunque sólo sea empíricamente, los salarios al costo de la vida, puede resultar un hecho contraproducente si el problema no se toma en conjunto.

En países con mayor experiencia en cuanto a organizaciones patronales y obreras y donde los salarios son normalmente adaptados al costo de la vida, se observa una singularísima prudencia en la elevación de los salarios, porque se ha comprobado que la elevación del costo de la vida tiene su principal origen precisamente en los aumentos de salarios. Una adaptación estrictamente automática o demasiado dinámica podría llevar a una carrera muy difícil de frenar a tiempo, antes de provocar, en casos de suba, una grave inflación, o una peligrosa retracción en caso de baja de precios.

En Suecia, donde las relaciones patronales y obreras están tan bien encauzadas y tan bien organiza-

dos ambos grupos, la Federación Sueca de Gremios Obreros, con el fin de impedir la inflación firmó, al iniciarse la guerra actual, un convenio con las entidades patronales prohibiendo el aumento de los jornales. Los salarios sin embargo, periódicamente adaptados al costo de la vida, pero simultáneamente los obreros resolvieron que sólo se les aumentaran los salarios en un 50 % en relación al alza del costo de la vida, para evitar en esa forma el aumento de los precios.

Instituto "Alejandro E. Bunge".
de Investigaciones económicas y sociales.

RESEÑA DE LECTURAS

LA ESENCIA DEL ARTE. José María de Estrada. Grupo de Editoriales Católicas. — Colección Criba. Buenos Aires.

El apasionado interés por los temas artísticos y el no menor ímpetu creador en ellos dilapidado, tan característicos del decenio que sigue a la anterior guerra mundial, fué para muchos espíritus europeos, signo fehaciente de que el arte, o mejor, la obra de arte, entra, por fin, en la tierra prometida de una nueva estética, de un nuevo estilo de belleza.

Recuérdese si no —junto a otros ejemplos no menos representativos— la maravillosa labor literaria de Cocteau, el intento abarcador y conciliatorio de "Art et Scolastique", el diagnóstico certero de "La Deshumanización del Arte".

Pero los problemas económicos y políticos, por cuya solución se había luchado durante más de cuatro años, bullían, sin embargo, intactos, en el subsuelo de las sociedades europeas. Pronto asomaron nuevamente su faz implacable, y todo el horizonte de la vida humana volvería a teñirse de rojo afán bélico.

Aquellos entusiasmos y preocupación por los temas del arte, debieron, lógicamente, decaer, frente a tales urgencias de lo político y de lo social. Lo que vino después, no ha dejado aún de transcurrir.

Sin embargo, próximo ya, según pliebsitaria profecía, el fin de la actual contienda europea, renacerá en los espíritus el gusto por las cuestiones estéticas?

Si la clave de ese fenómeno de alza y baja intelectuales, estuviere en aquel aspecto de la obra de arte que con tanta claridad y fina penetración se estudia en el libro que motiva estas líneas —nos referimos a la virtud apaciguadora del hecho estético, a la entésis de que hablaban los griegos— la respuesta sería, quizá, afirmativa.

Como anticipándose a esa venturosa posibilidad, el libro de José María de Estrada, *La Esencia del Arte*, replantea con agudeza y rigor, los grandes principios estéticos de la filosofía aristotélico-tomista.

En prosa que lleva el ceño del mejor estilo universitario —diáfana, sobria, ceñida— tan poco frecuente aquí, el autor dedica los primeros capítulos del libro a la consideración de la Belleza en cuanto tal, esto es, a la belleza enfocada como trascendental del ser. Estudia luego la Causa primera de la armonía del cosmos en su conexión con la belleza de las cosas creadas, vía que conduce, por ejemplo semejanza, al discernimiento de lo que es el arte.

Sobre este último punto el autor argumenta así: "Dice Aristóteles que la poesía trata las cosas más en lo universal que la historia y afirma también que ésta nos habla de las cosas tal como han sido, mientras que aquella como debieron ser. Creemos que el Estagirita, de acuerdo con otros pasajes de su tratado, atribuye sencillamente a la poesía la tarea de imitar lo universal de las cosas. Efectivamente, la poesía —el conocimiento poético en general— imita de las cosas su esencia armónica; es decir, capta aquella armonía que la esencia de la cosa exige, aunque no esté actualmente realizada. De manera pues que el artista imita la cosa no tal cual aparece en su exterior natural —lo que en cierto modo significaría copiarla— sino como debiera ser de acuerdo a sus exigencias esenciales; deja de lado, pues, las particularidades y expresa solamente la armonía esencial".

En el capítulo que sigue a la anterior digresión, Estrada analiza las causas finales del arte y entre ellas subraya, con especial empeño, la por los griegos denominada *katarsis*, esto es, expurgación de las pasiones como consecuencia de la contemplación estética. La identifica con el fin estrictamente subjetivo del arte, el cual, a su vez, arraiga en la intimidad anímica del hombre, en lo volitivo. Es allí, nos dice sagazmente, donde hay que plantear el problema del arte y la moral.

El libro se cierra con la dilucidación de un tema de alto rango: el de la naturaleza y posibilidad de un arte cristiano.

A través de esta breve reseña, no hemos hecho sino rozar el interesantísimo trabajo que la motiva.

Su lectura, en la que el pensamiento del autor Guye clara, ordenadamente, es prouba segura de profunda enseñanza.

M. E.

CISNEROS. *Organo del Colegio Mayor Jiménez de Cisneros de la Universidad de Madrid*, 1943.

La reimplantación de los Colegios Mayores, muestra bien a las claras, el afán de recuperación de la esencia del ser nacional, que anima a las actuales autoridades españolas.

Se supera el concepto funesto de Universidad, incubadora de profesionales, despojada de todo sentido educativo y nacional, para considerarla escuela forjadora de hombres en el pleno sentido del vocablo.

Lo expresa muy bien el Sr. Jorge Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional, en la primera página: "si la Universidad se limitase a ser un simple instrumento transmisor de ciencia, la suprema misión que le está encomendada, perderíase irremisiblemente. No nos conformamos con tener una Universidad. Queremos ante todo que ésta sea profundamente española, pero con el mismo significado ardiente, disciplinado y militante que tiene hoy entre nosotros el sentido de lo español".

Y más adelante precisa la función específica del Colegio Mayor, al escribir: "deberá cambiar el espíritu de la Universidad, infundiendo, en primer término, el espíritu religioso, que ha sido el nervio fecundo de España en sus empresas imperiales, y en el segundo lugar, imprimiéndola un fondo contenido nacional, que se traduzca en una voluntad indeclinable de generoso servicio a la Patria".

La formación que se imparte en él, pues, a los estudiantes, se caracteriza por tres notas fundamentales: la raíz religiosa, la raíz nacional e histórica y la disciplina.

Se procura implantar la formación científica, en el seno fecundo y firme de una sabiduría. Lograr la referencia de los saberes científicos y técnicos a un centro metafísico y religioso, que los cimenta, ordena y da sentido, para no caer en la "barbarie de la especialización".

Si a todo esto se agrega que en la vida estudiantil tienen cabida la obligación de practicar deportes, dos conciertos mensuales, conferencias de las más eminentes personalidades nacionales y extranjeras, representaciones teatrales, reuniones de formación política, se comprende la importancia que para la formación de una "élite" dirigente tiene el Colegio Mayor. Destacaremos como aspecto interesante, el anhelo de que el gobierno del internado vaya expandiéndose paulatinamente en manos de los estudiantes, a fin de despertar su espíritu de iniciativa, de responsabilidad, y a fin de crear el sentido de comunidad necesario para que la obra avance con dibujada personalidad y honda raíz. No es descuidada tampoco la vida espiritual; la presencia de un Director Eclesiástico, la misa dominical dialogada y los anuales Ejercicios Espirituales, la consolidan. Concluimos, pues, que la reimplantación de los Colegios Mayores constituye un retorno a los valores eternos, humanos, tradicionales de toda educación. Una reincorporación del sentido nacional a la misma, sin el cual se embarca al estudiante en una nave sin timón que lo lleva a falsear su auténtica cultura y a deformar su espíritu al contacto con el farrago ideológico. El nivel intelectual de la revista es excelente; la impresión, de acuerdo a su finalidad. Entre muchos artículos interesantes se destacan: "Problemática de la vida", de Manuel García Morente; "Sagradas de una nave sin rumbo", de José Luis Ochoa; "El problema de la Cristiandad", por Fray Mario Agustín Pinto O. P., y "A la Para y Llapia Concepción de María", de Adriano del Valle. Notas de Arte, de Música, Bibliográficas, Deportivas y un emocionado recuerdo de José Antonio, configuran vigorosamente el estilo de la publicación.

M. J. M. (h.)

NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual \$ 10.—

Por semestre \$ 5.—

Número suelto \$ 0,20

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

GRUPO DE EDITORIALES CATOLICAS

DIMAS ANTUÑA.

La vida de San José (la figura más misteriosa de las Sagradas Escrituras vista desde un ángulo nuevo por un erudito y ferviente admirador) \$ 1,50

ASOC. DE ESCRITORAS CATÓLICAS.

Pío XII (el 26º sucesor de San Pedro y actual Pontífice, estudiado por varias escritoras argentinas) \$ 2.—

HILAIRE BELLOC.

Un gran escritor inglés, G. K. Chesterton (la segunda parte del "Chestertonello" nos habla de la primera con cariño de amigo y autoridad de crítico) \$ 2.—

Reconquista 572 — (31, Retiro 2359)